

res acostumbrados á juzgar á los reyes, á los conquistadores, á los siglos, y que se precian de la mas fiel imparcialidad, hayan tenido con los caudillos de la cruzada un rigor de principios, que jamas han aplicado á las empresas militares de los persas baxo de Cyro, de los griegos baxo de Alexandro, de los romanos, ni aun á las de Mahoma y de sus primeros sucesores. ¿De qué derecho se hallaban autorizados los sarracenos para echarse, como lo habian hecho sobre las provincias orientales del imperio, y para sujetar á su yugo los pueblos que las habitaban? Qué facultad tenian para obligar á los vencidos á dexar una religion que se creia divina, y abrazar la ley mahometana? Que autoridad era la suya para exterminar á todos los que hacian resistencia á sus armas, ó que desechaban su culto? Y los turcos que quitaron á los sarracenos unas conquistas compradas con tanto trabajo y tanta sangre derramada, qué derecho habian adquirido para invadir las deliciosas comarcas en donde se establecieron para despojar á los califas y á los emires, para amenazar á Constantinopla, y desolar los pocos estados que quedaban todavía á los sucesores de Constantino? ¿Estos bárbaros han de haber podido asolar el Oriente, desmembrar el imperio, tragarse sus mas ricas provincias, y no pudiendo los príncipes griegos rechazarlos, no ha de haber sido lícito á los príncipes latinos ir á hacerles guerra, suspender sus progresos, é impedir á estos usurpadores el invadir toda la tierra? A los que tratan de injustos agresores á los príncipes cruzados toca decirnos, cómo han podido escapar de su censura los musulmanes despues de haber quitado casi toda el Asia á sus legítimos señores, vedado el culto de los christianos, degollado millones de hombres porque creian en Jesu-christo, y miraban á Mahoma como un embustero? y cómo los cruzados son culpables á sus ojos de una injusticia tan grande, porque vinieron de Occidente á combatir unos opresores crueles, á vengar la sangre de los christianos, á romper las cadenas de sus hermanos, y á restablecer en el lugar de su nacimiento la religion que profesaban?

No extendamos mas estas reflexiones, no sea que obliguemos á los censores de la cruzada á descubrirnos ellos mismos el secreto de una parcialidad tan poco filosófica. Lo que acabamos de decir bastará sin duda á nues-

tros lectores para hacerles penetrar la causa que ha movido á algunos escritores modernos á condenar con tan poca justicia el proyecto de las piadosas expediciones, cuyo principal objeto era la gloria del christianismo. En adelante examinaremos los efectos que han producido, las mudanzas que han acarreado, la influencia que han tenido sobre todos los estados de la Europa respecto de la autoridad de los soberanos, de los principios constitutivos de la sociedad, de la libertad de los pueblos, de las costumbres, del comercio y de las artes.

ARTICULO IX.

Heresía de Berengario. Su origen, sus progresos, su condenacion y su fin. Reflexiones sobre este heresiarca, y sobre los efectos de su doctrina.

En el siglo nono se habia movido entre los doctos solamente una ligera disputa sobre la Eucaristía, pero sin perjudicar al dogma. Todos en la Iglesia, aun aquellos que disputaban entre sí, estaban de acuerdo en la doctrina, y reconocian la presencia real del cuerpo y sangre de Jesu-christo en el sacrificio de los christianos. La quæstion no era sino sobre algunas expresiones que unos empleaban para explicar la fe católica, y que otros desechaban como poco correctas y capaces de abuso. Pascasio, monge, y despues abad de Corbia, habia compuesto una obra dogmática sobre la Eucaristía para la instruccion de algunos religiosos saxones, los mas recién convertidos, y por consiguiente de pocas luces. Habia intitulado esta obra: *del cuerpo y de la sangre de Jesu-christo*, y en ella enseñaba que la Eucaristía, considerada como sacrificio ó como sacramento, contenia el mismo cuerpo del Salvador, que habia nacido de la Virgen María, que habia padecido en la cruz, y que reynaba en el cielo. Juan Scoto, llamado Erígenas, monge irlandes que tenia crédito particular en Francia, en donde lo honraba el rey Carlos el Calvo, no aprobó el modo de hablar de que se habia valido Pascasio. Escribió, pues, refutándolo; y como sucede regularmente en las disputas que se pasa mas allá de lo que seria menester, Scoto Erígenas sentó proposiciones que podian combatir la verdad de que estaba

en posesion la Iglesia. Echósele de París, y habiéndose retirado á su patria, murió en ella hácia el año 883. Como no conservamos su escrito, no podemos juzgar puntualmente hasta qué punto se habia apartado del lenguaje de la fe. Lo cierto es, que sus opiniones no tuvieron sequaces, ni ocasionaron ninguna turbacion en la Iglesia, sino que se continuó enseñando de palabra y por escrito lo que siempre se habia creído sobre la identidad del cuerpo de Jesu christo en la Eucaristía con aquel mismo cuerpo nacido de María, sacrificado en la cruz, y glorificado en el cielo.

Esta enseñanza subsistia aun con toda su pureza quando Berengario, Arcediano de Angers, y Regente de la célebre escuela establecida en la iglesia de san Martin de Tours, de donde era canónigo, vino á combatirla. Este heresiarca, precursor de los nuevos sacramentarios, nació en Tours, hijo de una familia distinguida, á fines del siglo X. Habíase instruido en las ciencias y en la virtud al lado del ilustre Fulberto, obispo de Chartres, el varon más sabio y más conocido por la piedad de quantos habia entónces en el Occidente. Habiendo descubierto en Berengario este docto y santo prelado un entendimiento vivo y curioso, un genio inquieto y fogoso, un deseo violento de llegar á hacerse célebre, temió no hiciese algun dia, por desgracia de la Iglesia, mal uso de su saber y de su talento. Para impedirlo, le exhortaba á menudo que moderase su curiosidad, que no se apartase un punto de la tradicion antigua, conservada en las obras de los padres, y desconfiase de qualquier camino nuevo, en el que no dexaria de extraviarse él mismo, y de extraviar consigo á los que se empeñasen en seguir sus pasos. Esto mismo le representaba Aldemanno, arzobispo de Brésa, su condiscípulo antiguo, y uno de sus contrarios más temibles, trayéndole á la memoria los sabios consejos de su maestro comun, en una obra llena de fuerza y de solidez, que publicó contra él luego que se manifestó su heregía.

Berengario combatió primero la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio y el bautismo de los niños. En quanto al primero de estos dos objetos, no queria que se obligase á los hombres á casarse solo con una muger sin poderla dexar, pretendiendo que esto era dar limites muy

estrechos á la libertad natural, y ponía la indisolubilidad del vínculo conyugal en la clase de las instituciones humanas. En quanto al otro objeto, defendia que era profanar el sacramento de nuestra regeneracion, el administrarlo en una edad en que no se puede conocer su precio, y privar á los adultos del medio de conseguir la remision de todos sus pecados. Sin embargo, no se ve que haya insistido mucho en estas opiniones, las quales abandonó sin duda para dedicarse á establecer y divulgar el sistema que él se habia formado sobre la Eucaristía, como mucho más á propósito para hacer lucir su saber, y para adquirirle sequaces.

El principio de sus ideas lo habia tomado de Scoto Erígenas. Las desentrañó, les dió un giro capaz de seducir á las personas incautas ó poco versadas en las materias teológicas, y las apoyó con reflexiones, autoridades, y en una palabra, con todo lo que puede engañar á aquellos á quien la novedad halla siempre dispuestos para darle acogida. Aunque de este novator tenemos muchos escritos, se conocen mejor sus opiniones por los que se han hecho para refutarlo. En ellos se ve que el estado de la cuestión entre él y sus contrarios no era desechar ó administrar el dogma de la presencia real del cuerpo de Jesu christo en la Eucaristía, porque él profesaba esta verdad, de que nadie jamas habia dudado desde el origen del christianismo. El punto de doctrina en que se desviaba del sentir de los católicos, era el que la Iglesia ha explicado despues con la voz transubstanciacion. Enseñaba, pues, que el pan y el vino no se destruyen y convierten en la substancia del cuerpo y sangre de Jesu christo por la eficacia de las palabras que el sacerdote pronuncia en el sacrificio en nombre del Salvador, sino que continuando en existir todo lo que constituye la esencia fisica del pan y del vino, se unen á él el cuerpo y sangre del Hijo de Dios por medio de la consagracion; que entónces se puede decir que Jesu christo está presente en el altar, y aquí adorarlo y ofrecerlo en víctima de expiacion, como verdadero sacrificio de la nueva ley.

No ha faltado quien escriba que la envidia de Berengario contra el célebre Lanfranco, monge entonces en la abadía del Bec, y despues arzobispo de Cantorberi, habia sido el motivo secreto, por el qual se habia deter-

minado á hacerse cabeza de secta. Habiéndose hecho á Lanfranco presidente de la escuela establecida en el Monasterio del Bec, su grande erudicion, lo sólido de su talento, y lo claro de su enseñanza, atraxeron á sus lecciones una infinidad de oyentes, de suerte, que los discípulos de Berengario lo abandonaron por acudir á la instruccion de este nuevo maestro. Una disputa pública que tuvieron estos dos competidores sobre los objetos que eran entónces la ocupacion de las escuelas, y en la qual Berengario, á pesar de la sutileza de su entendimiento no quedó vencedor, acabó de desacreditarlo, y aumentó la desercion entre sus discípulos, de tal modo, que casi no le quedaba uno. El maestrés escuela de Tours quedó muy agraviado de esta afrenta; y buscando su vanidad como repararla, inspiró la idea de adquirir nueva fama en el mundo por medio de la audacia y singularidad de sus opiniones. En las obras de Juan Scoto encontró materiales que era fácil á un dialéctico sutil y sofístico, como él lo era, poner por obra para formar un sistema aparente que hiciese ruido en el mundo, y que le restituyese con usura la fama que habia perdido. Berengario se ocupó primero secretamente en ganar algunos parciales entre el clero. Insinuaba sus errores con tanta precaucion y artificio, los presentaba con colores tan agradables, los apoyaba con reflexiones tan sutiles y tan especiosas, que era como imposible dexar de rendírsele. Por otra parte su vida era exemplar, sus costumbres irreprehensibles, su corazon generoso; tenia una grande exterioridad de piedad, daba quantiosas limosnas; su trato era afable, y sus modales afectuosos; por esto no se sospechaba que un hombre tan virtuoso, tan digno de veneracion y respeto, fuese enemigo de la verdad, y enseñase una doctrina contraria á la fe. En poco tiempo, pues, hubo un crecido número de personas, prevenidas ya en favor suyo por la estimacion de su talento y de sus virtudes, que se dexaron persuadir. Luego que el novator vió ser bastante el número de sus discípulos, y estar sus opiniones profundamente grabadas en los corazones, de modo que pudiese contar con un número considerable de defensores zelosos, juzgó que era ya tiempo de salir al público, y de ahunciar á cara descubierta su doctrina. Sus discursos y sus cartas la divulgaron tan prontamente, que el escándalo se extendió muy

en breve por toda la Fracia, y hasta en Alemania. Todos se levantaron contra la novedad: obispos y sabios tomaron la pluma. Cotejéronse las opinones de Berengario con las de Scoto Erígenes, se reconoció su semejanza, se descubrió su error y se demostró su falsedad. No se contentaron con refutar la heregía, que ya era bastante manifiesta, sino que se desentrañó el dogma católico, se estableció de un modo invencible, y se desvanecieron las falsas sutilezas con que se podia obscurecer. Berengario usaba de tres géneros de pruebas en sus escritos y en sus discursos para apoyar su sistema erróneo, á saber: textos de la escritura, pasages de los padres y racionios filosóficos. Los contrarios, entre otros, Hugo, obispo de Langres, Asselino, monge del Bec, Adelmano y Lanfranco lo siguieron en todos los pasos de su defensa. Restablecieron el verdadero sentido de los textos sagrados, siguiendo la interpretacion de los comentadores mas respetados en la antigüedad christiana. Hicieron ver que los pasages sacados de los santos padres estaban ó truncados ó alterados, ó apartados de su verdadera significacion; desenredaron al fin el artificio de sus racionios, y probaron, que en los objetos de la fe, la revelacion, la autoridad de la Iglesia, y su doctrina universal, son las que se han de tomar por norte, y no los vanos sofismas de la filosofia humana, ni las falsas luces de la razon.

Los errores de Berengario no tardaron en manifestarse en Roma. El santo padre Leon IX., á quien se habian denunciado, conoció todo su veneno por una carta del novator, escrita á Lanfranco, que se la dió original, y se leyó en un concilio que celebró en Roma este pontífice el año 1050. Hallándose su doctrina totalmente opuesta á la de la Iglesia se condenó á su autor, y se le privó de la comunion eclesiástica á Lanfranco, á quien esta carta habia hecho sospechoso porque se le escribia á él: se justificó no con racionios y explicaciones, sino con una declaracion pura y concisa de la fe sobre la Eucaristía. Leon IX. habia señalado otro concilio mas numeroso tocante al mismo negocio, para impedir que la heregía se fuese fortaleciendo con el tiempo. Con efecto, se celebró en Vercel el mismo año. Berengario, aunque se le citó, no quiso comparecer; pero envió dos clérigos encargados de su defensa. Ellos quisieron hablar en favor de su maes-

tro y de su doctrina, mas no fué difícil confundir los y reducirlos al silencio. Los errores y persona del heresiarca fueron de nuevo condenados, y echados al fuego los escritos de Juan Scoto, en donde habia bebido el veneno.

Sin embargo de esto, el zelo de los obispos de Francia no estaba ocioso. Habianse juntado en París el año de 1050 por diligencias del rey Henrique, que estuvo presente con un crecido número de señores. Berengario no se atrevió á comparecer en este concilio, no obstante habérselo mandado el rey. En él se leyeron sus escritos, y en particular su carta al primicerio de Metz, porque éste era el fruto mas reciente de su pluma. Aunque los obispos escuchasen esta lectura con suma atencion, no pudieron ménos de interrumpirla muchas veces, porque les horrorizaban tantos errores como contenia. Todos los escritos de Berengario fueron condenados con los de Scoto, á quien habia tomado por maestro. Los prelados no creyeron haber hecho todavía bastante en defensa de la verdad, mientras que Berengario no hubiese sido convencido por su propia confesion, y obligado á dar una retractacion auténtica de su heregía. Esto es lo que se hizo en el concilio de Tours el año 1055 en presencia de los legados de la santa Sede, uno de los cuales era el famoso Hildebrando, en adelante Gregorio VII. Permittedse á Berengario exponer y defender sus opiniones; pero él tomó el medio mas seguro, que fué condenar los errores que habia enseñado, y confesar la fe comun de la Iglesia, acerca del modo como ésta cree presentes en la Eucaristía el cuerpo y sangre de Jesu-christo. Esta retractacion la firmó, y creyendo los legados ser sincero su proceder, lo restituyeron á la comunión de la Iglesia.

Pero estaba muy distante de dexar de buena fe unas opiniones en las cuales habia fundado sus pretensiones á la fama. Apenas salió del concilio dogmatizó con mayor audacia que ántes, valiéndose de insinuaciones, de astucias, y aun de regalos para aquietar á sus parciales en punto del efecto de los anatemas que contra él se habian fulminado. Las retractaciones y perjurios no le costaban nada. Viósele otra vez condenarse á sí mismo en Roma en el año 1059, en un concilio de 113 obispos, al qual presidió el papa Nicolao II., firmar la profesion de fe hecha contra sus errores por el cardenal Humberto, arrojar al fuego sus escri-

tos y los de Scoto Erigenes, y poco tiempo despues escribir contra el papa, ultrajar al cardenal, y calumniar á toda la Iglesia. Estas mismas escenas repitió sin vergüenza en los concilios de Ruan el año 1063, de Poitiers en el de 1075, y de Roma en tiempo de Gregorio VII. en el de 1078.

Este perjudicial sectario, siempre pronto á hacer seguir las abjuraciones á las recaidas, y las recaidas á las abjuraciones, viendo á toda la Iglesia contra él, dió otro paso nuevo en el camino extraviado en que se habia metido. Acusó á la misma Iglesia de haber incurrido en error, y pretendió que la verdad predicada por los apóstoles, enseñada por los santos padres, la doctrina de los primeros siglos, en una palabra, la verdadera fe tocante á la Eucaristía, no la habian conocido en los últimos tiempos sino Juan Scoto y él. Habiendo llegado á este extremo de audacia y de extravagancia, ya no habia autoridad en la religion que pudiese intimidarlo y reducirlo á la creencia ortodoxa. Sin embargo, la misericordia de Dios le franqueó todavía un recurso en el tiempo en que su conversion parecia mas desesperada. El escrito que acaba de publicar contra su última retractacion habia acabado de sublevar y de indignar á todos aquellos que sus errores y perjurios le habian indispuerto contra él. En esta obra, hija del furor, añadia la indecencia de las reprehensiones y de las imputaciones á los malos racionios, en que tan á menudo se habia envuelto. Para proceder contra este último atentado de un hombre tantas veces proscripto, se juntaron los obispos en concilio en Burdeos el año 1080 baxo la autoridad de dos legados de Gregorio VII. A Berengario le conduxo Raoul, arzobispo de Tours; y sea que ya hubiese vuelto algo en sí, sea que conociese el peso de aquella multitud de sentencias pronunciadas en 30 años contra su doctrina, ó sea por último que su edad avanzada y la inmedicacion de la muerte excitasen en su corazon el temor y los remordimientos, parece abjuró de buena fe el error, y dió grandes muestras de arrepentimiento. Desde este tiempo no se desmintió mas; y habiéndose retirado á la isla de san Cosme á alguna distancia de Tours, pasó allí en ejercicios de penitencia los 7 últimos años de su vida, la que concluyó en el de 1088, de unos 90 años de edad. No se puede dudar que muriese en la paz de la

Iglesia, gracia que Dios concede rara vez á los autores de nuevas heregías. Este hecho se confirma con un estilo del cabildo de san Martin de Tours, que iba todos los años en la semana de Pascuas á cantar un *De profundis* sobre el sepulcro de Berengario ántes que el priorato de san Cosme se hubiese reunido á este cabildo en el año 1742.

El carácter de Berengario es uno de los mas singulares que se encuentran en la historia. Primero se le ve aplicado á las ciencias divinas y humanas, dedicar su talento á la utilidad pública, ganar la estimacion de las gentes honradas con una vida pura y quantiosas limosnas, atraer una juventud lucida y numerosa á la escuela de Tours por su reputacion, y abrirse camino para las dignidades y honores que no hubieran dexado de ser la recompensa de un mérito tan grande. Despues se le ve alimentarse de una vil envidia contra un competidor, cuya gloria le parece que se va estableciendo á costa de la suya, concebir por este motivo, tan indigno de un alma generosa, el designio de turbar la Iglesia con una heregía nueva, retractar sus opiniones, y volver á ellas mil veces, burlarse de la religion, del juramento; insultar á los prelados con escritos llenos de acrimonia y de indecencia; ocupar los concilios por cerca de medio siglo, eximirse continuamente de su autoridad por medio del fingimiento y de la astucia; y á pesar de la indignacion que inspira una conducta tan poco consiguiente y tan poco conforme con las reglas de la probidad, conservar la estimacion que se habia grangeado con la regularidad de sus costumbres: vésele por último, despues de tantas agitaciones y contrariedades, sosegar de repente; llenarse de los afectos mas humildes, y del mas vivo arrepentimiento, complacerse en la soledad, y con un género de vida que ya no parecia correspondiente á su edad, expiar unos extravíos que no cesa de llorar sino cesando de vivir.

Sin embargo, por singular que sea este carácter, hay en él unos rasgos generales que le son comunes con todos los heresiarcas. Así llamamos aquella curiosidad ingrata que pretende tener derecho para sondear los misterios de la fe, y reducirlos á las nociones del orden natural; aquel deseo insaciable de ser famoso en este mundo, y de tener ocupados á los hombres sobre sus cosas; aquel abuso del

raciocinio, y aquella afectacion de aplicar las ideas de la filosofia humana á los objetos de la fe; aquella mira de simplificar la religion, y de apartar de ella todo lo que cuesta trabajo á la razon para hacerla mas creible; aquel atrevimiento de alterar los textos, de citarlos sin fidelidad, y de violentarlos para aplicarles nuevo sentido; por último, aquel extremado exceso de orgullo y de temeridad, que llega hasta declararse contra el cuerpo entero de la Iglesia, defender que hace muchos siglos que incurrió en el error, y atribuirse exclusivamente el privilegio de conservar y de enseñar la verdad. Es preciso confesar que en todos estos puntos han seguido los nuevos discípulos de Berengario con mucha fidelidad sus huellas. Esta semejanza de fines, de conducta y de proceder entre el primer novator que se atrevió á contradecir la fe de la Iglesia sobre la Eucaristía, y los que han venido despues, habria debido, á lo que parece, establecer un juicio anticipado muy fuerte contra estos últimos quando comenzaron á parecer.

Berengario habia seguido los pasos de todos los heresiarcas que se habian levantado ántes que él. Así como ellos halló el misterio de la Eucaristía impenetrable á los alcances del entendimiento humano; como ellos intentó hacerlo mas perceptible á la razon, ménos apartado del orden comun de la naturaleza por medio de un sistema que le pareció sencillo, fácil de comprehender, y desembarazado de las grandes dificultades que presenta el dogma segun la fe nos lo propone; por último, como ellos no hizo mas que substituir un misterio nuevo inventado por él, al que la Iglesia habia creído siempre hasta entónces, fundada en la Escritura y en la tradicion, un misterio sujeto á las mismas dificultades, y tan poco comprehensible como el que se atrevia á desechar. Con efecto, la union del cuerpo y sangre de Jesu-christo con el pan y vino consagrados ¿no es por ventura resulta de un prodigio tan difícil de comprehender como la mudanza de estas substancias, segun los católicos lo admiten? ¿No se debe reunir igualmente á la omnipotencia divina para obrar esta union, como para efectuar esta mudanza? ¿No se multiplican acaso tanto los milagros en la opinion de Berengario, como en la de los ortodoxos? Milagro en la union del cuerpo y sangre de Jesu-christo con la substancia siempre existente.

del pan y del vino ; milagro en la mudanza de forma , de proporcion , de extension , que debe padecer el cuerpo de Jesu-christo para producir esta union ; milagro en la reproduccion de este cuerpo adorable en tantos lugares , y baxo tantas especies consagradas ; milagro en la duracion de la union , en su naturaleza , que no se puede definir , en el término en donde empieza y en donde acaba , que no se puede fixar , &c. y todos estos milagros no son otros tantos escollos adonde la razon va á estrellarse ? No valia mas atenerse á la fe recibida , y creer humildemente lo que siempre se habia creído en la Iglesia , que no atormentar el entendimiento para no ofrecer á la razon mas que dificultades tan insuperables y tan inherentes á la naturaleza de los objetos , como aquellas de que se le queria liberrar ?

Este nuevo exemplo confirma lo que ya hemos observado muchas veces sobre la ineficacia é inutilidad de los esfuerzos del entendimiento humano quando intenta sujetar á su exámen los dogmas de la religion. Por eso todos los que escribieron en este siglo contra Berengario se reduxeron á dos puntos , en los quales consistia toda la controversia que habia suscitado. Primeramente establecian la verdad de fe opuesta á sus errores ; y en segundo lugar declaraban que el modo como Jesu-christo subsiste en la Eucaristía despues de la destruccion del pan y del vino es un misterio superior á todas las luces de la razon , que debemos creer por la palabra de Dios y por la autoridad de la Iglesia. Allí se detuvieron , y los concilios que condenaron la heregía no han hecho mas. Qualquiera , pues , que intente traspasar estos límites inmutables , y abrir nuevos caminos , no puede ménos de venir á parar en el error.

Observemos ántes de concluir , que si entre los contrarios de Berengario ha habido quien lo haya acusado de negar el dogma de la presencia real , generalmente reconocido en su tiempo , y que él mismo admitia , es porque la fe de la Iglesia , tocante á la mudanza de substancia en la Eucaristía , por virtud de las palabras divinas , era tan auténtica y tan cierta , que no se pensaba que fuese posible proponer nuevas ideas sobre este objeto sin trastornar de todo punto la doctrina católica.

»No se tuvo por necesario convocar concilio general contra Berengario , como ni tampoco se convocó contra

»Pelagio , porque habiéndose recibido unánimemente en todas las iglesias las decisiones de la santa Sede , y de los concilios particulares , se halló de tal modo destruida la heregía de Berengario , que solo encontró abrigo entre los maniqueos." Esta es la reflexion del erudito autor de la historia general de los autores sagrados y eclesiasticos. (tom. 20. pág. 294.) Reflexion juiciosa que merecia ocupar aquí lugar.

ARTICULO X.

Personas ilustres en santidad.

Entre los personages santos , que se hicieron célebres por sus virtudes en el siglo XI. no escogeremos mas que tres , porque han fundado órdenes famosas , que subsisten todavía con edificacion en la Iglesia.

San Romualdo es el primero en el orden de los tiempos. Nació en Ravena á mitad del siglo X. , de una familia ilustre , que poseia inmensas riquezas. Educósele segun las máximas del siglo , llevando en él sus parientes unas ideas puramente mundanas. Luego que salió de la infancia , se conformó en su modo de vivir con los jóvenes de su edad y de su esfera. La caza le ocupaba una parte del tiempo ; y los placeres sucedian á este penoso ejercicio , del qual descansaba en el seno del deleyte. Sin embargo , en medio de esta vida disipada no dexaba de sentir algunos impulsos que le movian hácia Dios. La soledad era para él un encanto , y quando cazando encontraba algun parage apartado , con aspecto risueño y agradable se detenia en él , y decia suspirando : ¡ Ay ! *quán dulce seria vivir aquí , lejos del mundo y de su esclavitud.*

Estos piadosos afectos adquirieron nueva fuerza por un suceso que la providencia habia dispuesto para decidir su vocacion. Su padre , hombre violento y soberbio , habia reñido con otro señor ; y desafiando á su enemigo , quiso que Romualdo fuese testigo del duelo. Viendo esta barbaridad , se horrorizó de ella , y resolvió dexar un mundo , que ponía la gloria y la reputacion en la crueldad. Un monasterio inmediato á Ravena fué su primer asilo. En él tomó el hábito de religioso á la edad como de 20 años. Los monges que habitaban este desierto no vivian conforme á